

## NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE.

*Et unde hoc mihi, ut veniat  
Mater Domini mei ad me?*

Y de donde á mí tanto bien que  
venga la madre de mi Señor á vi-  
sitarme?

(Luc. I, 43).

Los augustos oficios de Salvador y Maestro de los hombres de que se dignó encargar el Hijo de Dios, para desempeñarlos gloriosamente con su muerte y con su doctrina, los quiso comenzar estando aún enerrado en el materno seno, ilustrando la casa de Isabel, y santificando al Bautista. Porque, á la manera que el sol, desde los primeros pasos de su oriente dora las cumbres de los montes, é ilumina los humildes y escondidos valles, así Jesucristo, á pocos días de concebido, camina en el virgíneo vientre de María hasta las retiradas y escabrosas montañas de Judea, á hacer participe á la dichosa casa de Isabel de las primicias de su venida. Quería dar de este modo un anticipado testimonio, de que su abundante redencion y su soberana doctrina, extendiéndose á los hombres todos, propagándose hasta los más ocultos rincones de la tierra, serian el más irrefragable documento de un Dios Salvador muerto por todos, y de un Maestro divino, que haría resplandecer la luz de su religion hasta en las más remotas regiones. ¿Y quién no ve entre tantos prodigios, como encierra esta primera predicacion de Jesucristo, multiplicadas en un misterio las maravillas? El Bautista, ántes santo que nacido; Isabel, llena del espíritu del Señor, su casa resonando en alabanza de Dios; María, que sin detenerla ni su virginal pudor y retiro, ni la dificultad de un penoso viaje, ni las escarpadas rocas de la montaña, camina presurosa para venir á ser el glorioso instrumento de tan inefables misterios.

Mas, cuando sorprendida de la alta dignacion de María se me representaba ya la santa madre Isabel, prorumpiendo en expresiones de

un aborto agradecimiento, arrebatada violentamente mi imaginacion con la semejanza de los misterios de Hebrón y Méjico, de las montañas de Judea y las incultas rocas de Tepeyac, me parece oigo á la América en el felicísimo día 12 de diciembre del año 1531, que, aborta y fuera de sí, al ver bajar del Cielo á la tierra á María en su hermosísima y graciosísima copia de Guadalupe, exclama con las mismas palabras de Elisabeth: ¿De dónde á mí, centro de la idolatría más ciega, asiento de la impiedad más bárbara, tanta felicidad? ¿Qué méritos tengo yo para tan gran dicha, como venir la misma Madre de Dios á ser el instrumento de mi conversion, despues de quince siglos que comenzó á rayar la luz del Evangelio? Así, sin duda, á imitacion de la feliz madre del Bautista exclamaría la América, á vista del prodigio que ya todos sabeis, y cuya memoria celebramos hoy en la milagrosa imágen de Guadalupe. Contengamos, señores, por un breve rato, los torrentes de júbilo que á tan dulce recuerdo anegan nuestros corazones, rebosando hácia afuera derramados en nuestros semblantes, miéntas que discurrimos agradecidos sobre la incomparable felicidad, de haber la Madre de Dios tomado á su cargo la conversion de este vasto imperio, beneficio sin duda el mayor entre los grandes é innumerables que Méjico debe á María santísima de Guadalupe. Yo he llegado á pensar, que si la poblacion del nuevo mundo es hasta ahora un problema, cuya dificultad ha burlado los curiosos afanes de los eruditos, la propagacion del Evangelio en él, el establecimiento de la religion, la conservacion de la fé más pura sería, á lo ménos un problema escondido y misterioso á no tenerle claramente desatado en la aparicion guadalupana. Veis, pues, aquí lo que en este día pretendo sea materia de mi oracion. Los medios porque el Evangelio se ha propagado en América son tan raros, tan sin ejemplar los instrumentos de que se valió la Providencia para establecer allí la religion de Jesucristo, que nos obligan á reconocer en ellos el problema sagrado de la conversion de la América declarado y manifiesto en la aparicion de María santísima de Guadalupe. Pidamos los auxilios de la gracia: A. M.

Todo es raro y singular en la América... Parece que la naturaleza y la fortuna, diré mejor la Providencia, conspiran de acuerdo para sacar á luz en el gran teatro del mundo una region tan diferente de las demás en todas sus partes, que se creía, ó un monstruoso parto compuesto de portentos, ó un país exquisito de maravillas. Reflexionemos á la luz de la verdad y de la experiencia, en la muchedumbre de in-

numerables naciones conocidas aún por sus diferentes idiomas, que concurrieron á su primera fundacion y despues á su aumento; en la benignidad del clima, á pesar de los rayos del sol que la hieren los más cercanos y directos; en esa eterna primavera de una region, que colocada casi bajo la línea, se creyó mucho tiempo inhabitable; en sus frutos exquisitos y en sus ríos caudalososísimos. Añadid á esto los rumbos tan extraños, los medios en lo humano más desproporcionados de que quiso servirse la Providencia para sujetar este nuevo mundo á las gloriosas católicas armas españolas. Llegado ya el tiempo en que Dios, en su eterno consejo, destinaba añadir una nueva corona á la siempre augusta y brillante de nuestros soberanos, levantando el invicto espíritu del heróico extremeño don Fernando Cortés á empresa más alta, conduce, á pesar de los mayores inconvenientes, su pequeña armada hasta las costas mejicanas. No debo detenerme en referiros prodigios que saben aún los niños y rudos: persecuciones contra los mismos jefes que habían sido los primeros autores de tan gloriosa idea, emulaciones y discordias en el corazon de aquella pequeña tropa, ignorancia del idioma y costumbres de los indios, de los derroteros de las marchas; nada fué estorbo para que las reliquias de un pequeño ejército, poco ántes honrosamente fugitivo, triunfara victorioso de millares sin número de enemigos, destruyendo en una batalla casi decisiva todo el poder de los mejicanos, para avasallar despues reforzado á Méjico, y en Méjico todo aquel vasto imperio. De este modo, á costa de una série de los que no dudo llamar milagros, allanaba el Omnipotente el camino á la conversion de los indios, como si ensayara la Providencia en la conquista natural la espiritual y sagrada, que había de obrarse por los medios más singulares. Diez años solos habían pasado del feliz vasallaje de la nacion mejicana, cuando ardiendo aún la guerra en las provincias y pueblos vecinos, entre el ruidoso estruendo de las armas, quiso la Madre amante de la paz, apareciéndose á un indio humilde y despreciado, fijar su habitacion enfrente de la capital misma de Méjico.

Comencemos ya, señores, despues de admirar las dulces palabras con que María explica á Juan Diego el fin de su venida, el solícito desvelo con que tres veces le busca cuando el indio se escondía; comencemos ya á tropezar en dificultades misteriosas, que forman el sagrado problema del establecimiento del Evangelio en la América, solo explicables en la aparicion de María. Escoger la Señora para su aparicion un tiempo, en que, dominante aún la idolatría, débil en sus primeras cunas la fé de Jesucristo, miraban aquellos naturales como

horrorosa novedad, ó como arte ilusoria de los españoles cualquier prodigio; tomar para instrumento que publicara su voluntad y su venida á un indio neófito y desconocido, cuya deposicion era aún para los nuestros justamente sospechosa de vana credulidad, y para sus compatriotas de fingido portento inventado para engañarlos: aparecerse rodeada de señales y símbolos en los cuales la pasion dominante de los indios por esta clase de jeroglíficos, en que colocaban sus ridiculas deidades, podia buscar fomento á la idolatría: por último, estampar su imágen, no en una materia preciosa, sinó en un toscos *ayate*; no con aquellas majestuosas apariencias cuyo esplendor fuera un golpe que confundiera la incredulidad, sinó con el humilde semblante, encogimiento y color de una virgencita india; ¿no era todo esto al parecer un medio, ya que no opuesto, al ménos desproporcionado para una obra tan difícil como la conversion de los indios? Así parecería á la engañosa crítica de la humana prudencia; pero no así al poder de Dios, que en la aparicion de María, destinada para Apóstol del nuevo mundo, quería hacernos ver, no sé qué semejanza con la primera venida del Redentor, cabeza y fundamento de su Iglesia. Y ¿á quiénes se descubre primero por anuncio de un ángel el nacimiento del Hjo de Dios, sinó á pobres abatidos pastores? ¿Quiénes fueron los instrumentos que despues le publican al mundo sinó hombres, segun la carne, groseros y rudos? ¿Con qué brillo, con qué magnífica ostentacion aparece? Su carácter es el desprecio y abatimiento; su trono unas pajas; su vestido unos toscos pañales; y al fin, no escoge para la gloriosa empresa de convertir al mundo alguna de las superiores naturalezas, sinó que se viste de la misma carne de aquellos á quienes viene á redimir con su muerte. Yo no me atreviera á proponeros esta semejanza, expuesta á parecer uno de aquellos discursos sin fondo á que arrebatá muchas veces el empeño de elogiar, á no saber, que la perfecta conformidad entre Jesucristo y María ha dado fundamento á que los Padres de la Iglesia la aplaudan, ya con el título de Corredentora de los hombres, ya de Compañera de Jesús en la redencion; y lo que hace más á mi intento, á que la Iglesia universal la canoniche con el renombre de Reina de los apóstoles. ¿Y cuándo dió las más claras demostraciones de este glorioso título que en su admirable aparicion de Guadalupe, por cuyo medio quiso Dios obrar en la América la conversion más rara que habían visto los siglos?

Porque ¿qué otra cosa podemos discurrir, cuando reflejando en la publicacion del Evangelio en aquellos reinos echamos ménos las comunes reglas, las reglas ordinarias que estableció el Hijo de Dios

para extender su religion en lo restante del universo? Remontad hasta aquella felicísima época en que el Salvador, disponiendo propagar su fé por todo el mundo, formando una escogida tropa de sus apóstoles y discípulos, les encomienda esta soberana empresa: «Id, les dice, y predicad por la redondez de la tierra mi Evangelio» (1). Divididos despues, escogiendo cada uno, segun convenia, terreno para sus conquistas, caminan veloces por el universo como diestros y prudentes conquistadores, que no pudiendo de un solo golpe sujetar las provincias, dirigen las fuerzas de sus armas hácia las capitales para dominar en la cabeza los miembros todos: así, revestidos del Espíritu Santo, los apóstoles convierten en las principales ciudades las tres partes entónces conocidas: Asia, Africa y Europa. Pero, como algunos particulares, reinos y provincias, ó no sujetaron entónces su cerviz orgullosa á la fé, ó rebeldes, despues de sujetarse, sacudieron el dichoso yugo que las ataba, ya desde aquel tiempo los mismos apóstoles, ya en los siglos siguientes la Cabeza visible de la Iglesia, deputaban continuamente sucesores esforzados y santos para nuevas conquistas. Corrieron la España los Indalecios, Segundos, y Eufrasios: convirtieron los Dionisios la Francia; la Irlanda los Patricios; los Agustinos la Inglaterra; santificaron los Frumencios la Abisinia; Moscovia los Fulbertos, los Egibertos la Alemania, sin esconderse á los afanes y desvelos de un Javier las vastas tierras del Oriente. Solo la América, señores, es el pais infeliz y desgraciado; solo ella es el lugar de las tinieblas adonde no llegan estas luces. Por más que se esfuerce la piadosa tradicion de la venida de Sto. Tomás á estas regiones, el alto silencio de todos los escritores eclesiásticos anteriores al descubrimiento del Nuevo Mundo, el rumbo que eligió este apóstol santo, empleado en la conversion de la Bractania y Media, tan distantes de nuestra América, son argumentos de sumo peso para rechazar este rasgo de historia tan incierta. Y qué, vuelvo á decir, ¿la Providencia, universalmente benéfica, solo á la América niega estos oportunos medios para la fé, comunes á lo restante del universo?

Dejemos, señores, de acusar injustamente los amorosos designios de Dios hácia nosotros, que si entónces quiso quedára cerrada á sus apóstoles la puerta de este nuevo mundo, era porque destinaba á su misma Madre para instrumento más glorioso de su conversion: *Et erit, decia Isaias, in novissimis diebus preparatus mons domus Dei in vertice montium*. Sí, vendrán últimamente, despues de publicado el Evange-

(1) MATTH. XXVIII, 20.

lio en todo el mundo, los tiempos en que se prepara María, monte excelso de santidad en que Dios fabricó su más hermosa casa, para que á ella concurren las gentes á aprender la ley santa. Casi no hay cláusula en todo este pasaje de Isaias, literal profecía de la conversion de los gentiles, en que no se halle delineada la América: aquí se ve una nacion belicosa, convirtiendo los instrumentos de guerra en arados y en hoces para el cultivo de los campos, puntual trabajo de los indios ántes fieramente guerreros, ya depuesta la furia, empleados solo en el afan de la labor: *Constabunt gladios suos in vomeres, et lances in falces*: una tierra sin limites, de oro y plata, cubierta por todas partes de ídolos: *Repleta est terra idolis, repleta est argento et auro et non est finis thesaurorum*: unos hombres pusilánimes, huyendo á sepultarse en las cavernas de los montes: *Et ingredietur scissuras petrarum, et cavernas saxorum*. Anticipado testimonio de que escogería la Madre de Dios esta region para preparar en la cumbre de sus montes la casa del Señor, de donde, como de Jerusalén dichosa, se comunicára á estos pueblos la ley del Evangelio. Así fué puntualmente, porque apareciéndose la Madre de Dios desde aquel pequeño templo, primera casa suya, derramaba sobre la nacion indiana tanta copia de luces, tan poderosas inspiraciones, que casi sin resistencia abrazaban la religion. Hablaban los celosos ministros á los oidos, y predicando mudamente María á los corazones, cada paso era una conquista, cada trabajo un triunfo, viéndose extendida en poco más de un siglo la luz del Evangelio desde Nicaragua y Yucatan hasta la California, Sonora y Cinaloa. ¡Dios inmortal! ¿De dónde tanta velocidad, de dónde esta gloriosa rapidez con que en pocos años la religion, como una impetuosa corriente, lleva sus aguas hasta los más remotos países, talarando y destruyendo los más sublimes montes de la idolatría? Doce apóstoles, revestidos del Espíritu Santo, sus discípulos y sucesores armados del omnipotente brazo del Señor, corren el mundo antiguo para plantar su fé; pero como si trabajáran en peñascos durísimos, cada conversion cuesta infinitos sudores, riego de que vió S. Juan al capítulo XVIII, embriagada la tierra de la sangre de los mártires cuando bajára la celestial Jerusalén. Yo no necesito persuadiros que la señal que S. Juan vió en el Cielo, ya como una Mujer prodigiosa, vestida del sol y calzada de la luna, ya como ciudad nueva y santa, sea un símbolo de María en nuestra bellissima copia, despues que la misma Iglesia, en el oficio con que la celebra, parece que la ha acomodado esta sagrada profecía. Si esto es así, ¿qué mucho, que en la América derramára tan poca sangre la idolatría despues de aparecida

la Virgen de Guadalupe, si bajaba la Jerusalén santa á desterrar estas sangrientas muertes: *Et mors ultra non erit?* En lo restante del universo eran los hombres los apóstoles; aquí la Madre de Dios: allá se observaba uniformemente el sábio órden establecido por Dios para la conquista de las almas; aquí, destinando á su Madre para instrumento de su conversion, le dispensó, en algun modo, haciendo resplandecer una maravillosa providencia.

Tan suave á la verdad, tan inefable, que si á las otras naciones quiso traer á su imperio á fuerza de milagros, y á costa de repetidas maravillas, en la América, casi sin otro prodigio visible en aquellos tiempos que el de la aparicion de María, quiso ostentar cuan fuerte y poderoso es el dulce dominio que su Madre goza sobre los corazones. No sé, señores, si alguna vez, al leer los milagros tan frecuentes con que la diestra del Todopoderoso abrió camino á su religion, habreis reflexionado como la incrédula obstinacion del espíritu humano se había ya familiarizado con los prodigios. Veían á cada paso ciegos, sordos, enfermos de todo género, recuperar la vista, el oido y la salud; miraban con asombro levantarse de los lechos, de los féretros y aún de los mismos sepulcros, los muertos fríos y pálidos, vivos y róbustos; á su presencia dejaban los demonios forzados los cuerpos que poseían; mudaban los ríos su curso; y todos los elementos, olvidados de su naturaleza, obedecían la imperiosa voz de los ministros de Jesucristo. Humildes caminaban éstos al martirio, pero no tanto á perder la vida, cuanto á atestiguar con milagros la verdad. Pero oponiendo los hombres á tantas maravillas la de su obstinacion, en los países más cultos, en donde las naturales luces del ingenio los debían hacer más dóciles á la religion, allí mismo, los obreros evangélicos, á pesar de portentos sin número, veían muchas veces burlados sus afanes.

Volved ahora, señores, á la América: recorred uno por uno los lugares en que se ha publicado el Evangelio, el rápido curso de sus conquistas, la docilidad con que le han abrazado sus naturales, y decidme: ¿si se debe atribuir esto á la eficaz persuasiva de los milagros? ¿Y no os parece escasa la Providencia en aquellos países de maravillas, si en el mundo antiguo se contaban por millones, y allá se cuentan por unidades? ¿Dónde están para plantar el Evangelio las frecuentes resurrecciones de los muertos? ¿Dónde aquel trastorno tan comun de las leyes de la naturaleza? ¿Dónde aquella voz penetrante de los milagros con que hablaban á las otras naciones los apostólicos ministros? Gentes innumerables por su multitud, diversísimas en sus

cultos y ritos, entre quienes se hallaban naciones enteras obstinadamente idólatras, groseramente supersticiosas, dominadas de la crueldad, necesitaban más que otra alguna de esta dulce violencia. Pero no hay que cansarnos: aparecióse María santísima de Guadalupe, trajo desde el Cielo en su copia hermostísima un portento, pero conjunto de muchas maravillas; un milagro, pero perenne, permanente, continuo; fijó su habitacion junto á Méjico, y desde aquí, predicando interiormente á los corazones, sin necesitar de milagros tan repetidos, redujo en breve tiempo estas numerosas provincias. Mejicanos, toltecas, totonacos, othomies, tarascos, guastecos, matlazincas, y qué sé yo que otras gentes, cuyos nombres se resisten aún á la pronunciacion, se vieron en pocos años levantar sobre las ruinas de sus impuros ídolos la cruz del Salvador. No hay que admirarnos: era María la invicta conductora en todas estas conquistas; María era el escudo de los misioneros; era su primer cuidado inspirar á los recién conquistados el amor á María; al paso que el imperio de Jesucristo se extendía, la devocion á su Madre, la piedad hácia María de Guadalupe era la que abría la puerta á la fé de Jesús.

Aquí, señores, si la estrechez del tiempo y vuestra respetuosa atencion no me obligaran á la brevedad, sería la ocasion más oportuna, para que pasando, ya de la propagacion del Evangelio en la América por medios tan extraños, á la conservacion de la fé más pura, reconocierais de nuevo en ésta el benéfico apostolado de María. Sería necesario ponerlos á los ojos, como en un breve mapa delineadas, en todo el universo, las furias sangrientas de herejías, cismas, errores, que han hecho cruda guerra y combatido la religion, Pero si alguna vez habeis fatigado vuestros ojos con la vista de un mapa tan melancólico, que yo no tengo lugar de delinearos, descansadlos, recreadlos, volviéndolos á la América. Mirad la herencia destinada á María. ¿Qué herejía ¡ah! no digo ha nacido en ella, pero ni aún contagiádola? ¿Qué error la ha manchado? ¿Qué cisma ha dividido sus iglesias? ¿Ni cómo había de fomentar estas pestes la herencia destinada á la que en todo el mundo ha triunfado gloriosamente de ellas? Desaparezcan ya de nuestros ojos aquellas horrorosas pinturas, con que suele representárenos la nacion de los Indios sujeta aún á la idolatría, á pesar de las exteriores apariencias de religion. Despues que sábias plumas han desagaviado, no tanto á ellos, cuanto á María de Guadalupe de esta calumnia, ¿qué podría yo deciros sinó, que sus supersticiones son muchas veces excesos en que se desliza una piedad poco ilustrada, comunes aún á las naciones más cultas y ménos sospechosas en su fé,

que si lloramos aún en ellos algunos errores, son, más que de impiedad, efectos de ignorancia, y que todo lo desmiente su humilde devoción á María de Guadalupe? Mas, ¿cómo podré disimular el vivo dolor de que nos penetran aquellas naciones aún infieles entre los Indios, que cada día horrorizan nuestros oídos con las noticias de su irreligión y crueldad? Pero si no ha llegado, señores, el tiempo que destina Dios en sus inexcrutables consejos para su reducción, quizá el Señor ha querido dejar este infelice resto de la impiedad, para que en solicitud de su conversión se ejercite el glorioso trabajo de los ministros, y para que á vista de las dificultades que se presentan en reducirlas, conozcamos cuán difícil, cuán árdua, cuán llena de tropiezos fué en aquellos países la propagación del Evangelio, que, por medios hasta entónces nunca vistos, ejecutó María como nuevo apóstol en su imagen de Guadalupe. Y ¡oh! quiera el Cielo, que veamos llevar hasta los últimos términos de la América el nombre de Jesús. Estos deben ser en el día los objetos de nuestras súplicas y votos. Herejías, errores, cismas, demonios, pestes, inundaciones, todo huye á la invocación de María de Guadalupe.

¡Madre amantísima! dilatad hasta aquellos infelices pueblos vuestro benéfico apostolado para añadir esta grey al rebaño de la Iglesia. Tus hermosos ojos llenos de majestad, tu dulce risa templada con el mayor decoro, tu ademán airoso al par que humilde y magnífico, tu semblante derramando gracias es para todos dichoso anuncio de felicidades. Pusiste allí tu Corazón en eterno depósito, están allí tus bellísimos ojos abiertos para difundir en cada mirada un beneficio. Pónlos benignos en estos fieles que, postrados á tus piés, te ofrecen sus corazones, pues si Tú nos miras afable, formarás nuestra dicha, y serás para todos nosotros la más segura prenda de la gloria, que os deseo.

---

## NUESTRA SEÑORA DE LAS LÁGRIMAS.

---

*Mihi autem absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesuchristi.*

Mas no permita Dios que yo me glorie sinó en la cruz de nuestro señor Jesucristo.

(GAL. VI, 14).

Si alguna cosa hay fácil de persuadir á los mortales es, el interés de su propia gloria: formados á imagen de Dios y para gozar de Dios, aspiramos todos naturalmente á ella. Hasta aquí estamos de acuerdo; mas en orden á la verdadera gloria y los medios de conseguirla no piensan todos igualmente. Acostumbrados unos, á respetar las máximas del siglo, y á respirar su aire, miran como una especie de gloria incomparable todo este vano resplandor del mundo; el poder, digo, las riquezas, las magistraturas, la nobleza, los empleos honoríficos; por ellos se desvelan, por ellos suspiran, y en ellos colocan todas sus delicias. Otros, conducidos por el Espíritu de Dios, creen con el Apóstol, que un verdadero cristiano no puede hallar gloria sólida sinó en la cruz de Jesucristo; y juzgan con arreglo á la moral del Evangelio, que los medios de obtener tanto bien son las lágrimas penitentes con que se expían las culpas.

El verdadero discípulo de Jesucristo busca, como san Pablo, su gloria en las tribulaciones, pues solo por medio de ellas puede tener conformidad con la adorable imagen de su Redentor; condición indispensable para ser salvos, segun el mismo Apóstol. Sí, señores, el Unigénito de Dios hecho hombre, humillado, abatido, despreciado, inalterable entre los insultos y oprobios, y obediente á su Padre celestial hasta el momento de su muerte, es el perfecto modelo que nos debemos proponer para ser participantes de su gloria; modelo que no debemos copiar sinó con el pincel de las lágrimas, porque si ellas no se nos comunicáran por Dios, serían muy pocos los que se salvaran.